

## JORNADA CUARTA

DE LA SEGUNDA PARTE

DE

## LA REDENCION DEL ESCLAVO.

---

---

LA AGONÍA.

---

I.

LA VOZ DE JOB (*en el desierto*).

Yo, Jehová, te ofrecía sacrificios y holocaustos que eran aceptos á tus ojos. Tenía servidores fieles, manadas de camellos, ganados de bueyes y borregos, esposa casta, hijos queridos, hijas casadas, cosechas en el campo, abundancia en el hogar, honra entre los hombres, en el cuerpo salud, en el espíritu alegría. El mal era para mí palabra sin sentido: que no podía comprender, como siendo tú Dios, hubiera en el mundo ni en el cielo otro Dios poderoso, el Dios del mal. Porque de tí, Jehová, de tí solo puede venir el bien. Mas un día los salteadores me robaron mi ganado lanar, los filisteos mis camellos, la peste mis

hijos, la miseria mi hacienda, el dolor la salud del cuerpo, la alegría del alma. Desnudo me encuentro, como salí del vientre de mi madre, y desnudo voy á caer sobre la tierra, como un puñado de estiércol. Mi cuerpo es una llaga desde la cabeza á los piés; y tosca teja me sirve para rascarme tanta lepra. De tí, Dios mio, venian los bienes que yo bendije; de tí la salud, de tí la alegría, de tí la abundancia. ¿Vendrán de tí tambien todos los males? ¿El mal y el bien pueden venir á un tiempo de Aquel que es todo-poderoso, y todo-bueno? Si todo-poderoso, ¿cómo no tienes poder para aniquilar el mal? Si todo-bueno, ¿cómo surge de tí algo contrario á tu naturaleza? El que nunca se ha separado de tus caminos, concluye por extraviarse. El que nunca ha vacilado en sus creencias, concluye por dudar y por caer. No se diga jamás que puede ser de nuestra voluntad obra el mal. ¿Qué daño ha hecho el niño inocente, traído sin consultar su voluntad á la vida, y al nacer, en cuanto la fria atmósfera le toca, llora, como si sér fuera sufrir, hasta que, despues de convulsiones sin número, y de penas inmerecidas, muere sobre una tierra que no conoce, cual un juguete quebrado por la arbitrariedad y por el capricho de un génio en delirio? El

problema del mal se ha levantado á los ojos de mis honrados vecinos, y solo han sabido romper sus vestiduras, rapar sus cabezas, ceñirse el sayal y el cilicio, quejarse á la inmensidad. Maldito sea el dia en que naci! Maldito sea el instante en que me engendró mi madre!

## ORIEL.

¿Te quejas del mal? Si lo llevaras como yo mezclado en la sangre de las venas, en el aire del pecho, en la idea de la mente, en la vida y hasta en las sombras de la vida. Yo á nadie ofendí. Yo á ninguna ley falté. Yo no he pecado. Y los tiranos han lanzado sobre mis espaldas una cadena tan pesada como la tierra, tan larga como la eternidad.

## CORO INVISIBLE DE ANGELES.

Nosotros venimos de lo infinito y podemos contestar, Oriel, á tus amargas quejas. Naciste en la inmensidad, al soplo del Eterno, con alas de luz, y cuerpo trasparente por donde discurría un alma inmaculada. Cuando viste la eternidad sin fondo ni riberas, cuando escuchaste el suave con-

cierto compuesto por los astros, cuando sentiste la idea increada como un calor benéfico derramarse por tus venas, cuando contemplaste á Dios, en vez de esa incomunicable alegría de la vida, expresaste pena intensísima por no haberte creado á tí mismo, por no haber sido tú el autor único de tu propia existencia. La creacion es obra inmensa. El ángel que quiso ser Dios, fué lanzado al mal, y el ángel que quiso ser creador de sí mismo, á la pena, al trabajo inacabable de la propia creacion. ¿ Ves el grano de arena que en el fondo del agua se precipita y queda inerte? Pues ha costado su formacion siglos de siglos. ¿ Ves la colina florida? Pues producirla, elevarla, sostenerla ha sido obra casi de una eternidad. Deseaste salir por tí mismo del no sér al sér. Caiste en el no sér. Tu voluntad, tu conciencia, tu sentimiento dejaron de pertenecerte, pasando á pertenecer á los tiranos. Has sufrido mucho. Has atravesado toda la tierra, toda la historia, sin hallar en el mundo un soplo de libertad, ni en el cielo una señal de misericordia. Pero has trabajado y has podido comenzar la obra gigantesca de tu propia creacion. El mal de que se queja el desgraciado Job, tiene su justificacion plena con sólo mirar el Universo. Y el mal de que te que-

jas tú es la obra de tu propia libertad. La redencion ha comenzado desde que ha comenzado el trabajo.

SATANAS (*surgiendo de negra nube.*)

¿Os quejais de mí? ¿Os quejais del mal? ¡Bellacos! ¿Qué sería sin mí la vida? Yo soy la ágría levadura de todas las cosas. Vuestros dias serian en su esplendor horribles sin las noches; vuestros amores en su beatitud insoportables sin los celos; vuestras ciencias en su saber ridiculas sin la duda. Para comprender lo hermoso, necesitais lo feo; para lo bueno, lo malo; para la vida, la muerte. Yo soy tan necesario con mis cuernos y mis pezuñas de macho cabrío, con mis alas de murciélago, con mis ojos de lechuza, con mi voz de tigre, con mi lujuria de mico y con todas mis maldades, tan necesario al Universo, como vosotros, ángeles del Señor, séres insípidos que vagais, eternos niños, de cielos en cielos, y de mundos en mundos, arqueológicos y anticuados como la ignara teología. Decid á vuestro Dios que yo me muero y vereis cómo al instante se muere él tambien, pues cada sér vive por su idea y cada

idea necesita de su contraria, como Dios de Satanás.

JOB Y ORIEL.

¿Será verdad que el mal es necesario?

II.

LA SOMBRA DE ESPARTACO (*en el campo de Filipos.*)

¡Oh, Roma! ¡infame Roma! Creías con la inmolacion de mis derechos conservar tu libertad. La venganza ha sido bien pronta, el castigo bien rápido. Tu libertad perece.

BRUTO.

¡Qué extraño rumor! ¡Qué sombrío fantasma!

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

Bruto.

BRUTO.

¿Quién me llama?

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

Tu conciencia.

BRUTO.

¿Qué me quieres?

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

¿Qué has hecho de tus prisioneros?

BRUTO.

He despedido á los ciudadanos diciéndoles que fueran donde quisieran, pero que á mi lado, en mi República hubieran sido libres.

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

¿Qué has hecho de los esclavos?

BRUTO.

Los he sacrificado á todos.

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

¿Y eres tú el defensor de la libertad?

BRUTO.

¡Oh, dioses! Habeis abandonado á Roma, hogar del mundo, abandonando la libertad romana, honra y grandeza de la tierra.

VOLUMNIO.

¡Bruto! El águila de la primera legion apareció cubierta de abejas. Dos milanos se han perseguido ferozmente, y uno de ellos, el que estaba hácia tu lado, ha corrido en precipitada fuga. Un negro etiope se ha presentado en nuestro campamento. Todas estas señales son de funestos augurios.

BRUTO.

¿Pues no sabes que todo está perdido?

VOLUMNIO.

Han ganado nuestros enemigos la batalla?

BRUTO.

La han ganado.

VOLUMNIO.

¿Y qué va á ser de la libertad y de la República romanas?

BRUTO.

¿De la libertad? ¿De la República? Inútil empeño el nuestro. Su sangre fluyó, su alma se disipó con la sangre y con el alma de Caton, el último romano. La libertad ha muerto, y ha muerto la República.

VOLUMNIO.

¿Qué puedo hacer á tu lado?

BRUTO.

Nada más que sacrificarte inútilmente. Huye.

VOLUMNIO.

Quisiera morir contigo.

BRUTO.

Imposible. Válte de los piés para huir; yo me valdré de las manos.

ESTRALON.

Bruto, no resta ninguna esperanza. El feroz Antonio celebrá su victoria en la tienda de seda. Sobre la mesa, llena de áureas ánforas, que rebosan vino, dejan caer sus ébrios seides las sienas ceñidas de flores que se entrelazan artísticamente con hojas de azafran. Tendido sobre lecho de púrpura como un sátrapa oriental, agitando en la mano ancha copa vaciada en una sola esmeralda, deja errar su voluptuosa mirada sobre los coros de doncellas griegas que entonan voluptuosa plegaria al vino y al amor, sobre los grupos de bailarinas gaditanas, que danzan al compás de la pandereta y de los crótalos, pidiendo con voluptuoso anhelo en su embriaguez rayana de la imbecilidad, más vino, y en su sensualismo rayano de la impotencia, más amor. Roma acaba de entregarse por completo al vicio y á los viciosos. El vicio la arrastrará á la servidumbre. No queda esperanza. Ha muerto la libertad; ha muerto la República.

BRUTO (solo.)

El aire trasparente, el cielo azul, en calma el

campo, las estrellas centelleando su luz suave, todo sonriente, todo sereno, desde los mundos hasta las luciérnagas, cuando mi corazon se parte en pedazos, y estallan mis sienes al recuerdo y al pensamiento de que ha muerto la libertad en el mundo. ¡Oh! Comprendo que en tu indiferencia, despiadada tierra, te bebas la sangre humana, te tragues los cadáveres y cubras tantos despojos de fresco verdor sembrado de flores que exhalan vida. Pero no comprendo que el vicio haya subido al trono del mundo y el sol suba á su trono de záfiro; no comprendo que la luz de tus estrellas se confunda con la luz de esas orgías; no comprendo que la libertad haya muerto y tú vivas; no comprendo que una nube te oscurezca y no te oscurezca el crimen, que una ráfaga del huracán te agite y no te agite ni te conmueva la infame tiranía. ¿Para qué os abris así, estrellas, á la manera de inmortales retinas? Para ver nuestra infamia y nuestra servidumbre; para cercioraros de que se oye el ruido de las cadenas donde antes se oía el rumor de la elocuencia; para testificar á los cielos y á los dioses que el Senado romano es una mancebía, y Roma, la diosa de la tierra, una manceba, no ya de César muerto á mis manos, del bárbaro Antonio y del vil Augusto.

Yo queria resucitar la antigua virtud y el antiguo valor; recomponer la tribuna de los rostros para que la ocuparan los oradores en vez de los retóricos; vigorizar las leyes borradas por las conjuraciones de tantos traidores; volver á los tiempos en que nuestro arado abria el seno fecundo de los campos y nuestra República iluminaba con el sol los inmensos cielos. Con este pensamiento, entre César, mi protector, y Pompeyo, mi enemigo, opté por Pompeyo, en cuya persona veía yo la personificación de la libertad. Con este pensamiento, corrí á Farsalia y peleé junto á los míos, hasta que nos abandonó la fortuna. Con este pensamiento asesiné por mi propia mano á César. Con este pensamiento me levanté despues en armas, y vine hasta los campos de Grecia, en pos del heroísmo y de la libertad. Nada he podido, nada, contra el ciego implacable destino. Mis esfuerzos mayores se han vuelto contra mí mismo. Los últimos romanos han muerto en esta noche tan riente para los ojos de carne, tan siniestra para los ojos del alma. Gemidos de los moribundos, pisadas de los fugitivos, miasmas de los muertos, quien huye, quien agoniza, quien muere verdaderamente en vosotros, últimos ciudadanos, es la República. Esta noche será siempre tenida por la

última noche de un mundo. La tierra no podrá llevar, sin podrirse, el inmenso cadáver de la antigua Roma. En cuanto á mí, solo me resta una cosa, morir por mi pátria, morir por la República. Sea mi sepultura tan profunda, la leña con que abrasen mi cadáver tan voraz, que mi sombra, sorda á todas las evocaciones terrestres, no reaparezca jamás por esta infame ergástula. Ni palabras mágicas, ni plegarias religiosas, ni conjuros puedan atravesar jamás el Letho, para ir á despertarme en el abismo, cuando caiga allí abrazado con mi eterna esposa, la muerte. Abomino de todo cuanto he visto. Abomino de la vida. Quiero, invoco la nada. (*Clava el pomo de su espada en tierra y se lenza sobre la punta, traspasándose el pecho y muriendo instantáneamente.*)

LA SOMBRA DE ESPARTACO.

¡Ah! Murió la República y con ella murió la libertad. De aquel tribuno que llevaba en su mente el derecho romano, y en su inteligencia la idea estóica, sólo quedará un puñado de cenizas que disipe, que desvanezca el viento. Bruto, no te merecía Roma. Tus conciudadanos habían olvidado sus leyes, y la majestad de sus antiguas

magistraturas. Los aromas del Oriente trastornaron sus cabezas; la molicie de la dominacion enflaqueció sus corazones. Ya sólo pueden servir como los eunucos de Asia. Ya sólo pueden disputar por quién será su amo, quién será su rey. Enflaquecidos, extenuados, la corona de sus derechos es demasiado abrumadora para sienes acostumbradas á las flores. El licor de la libertad no los embriaga, como los embriaga el vino encendido de Palermo. La libertad es, como el agua clara, la bebida de los fuertes. Dormid, roncad, romanos, en vuestros lechos del festin. Cantad, danzad como mujeres. El arpa os cuadra más que la espada. La argolla os sienta mejor que la libertad. El látigo debe cruzar vuestros rostros teñidos con los afeites de las prostitutas. Servid en buen hora, servid de comparsas á los Césares, ya que no habeis sabido ser compañeros de los tribunos. ¡Oh! el esclavo ve desde las regiones de su inmortalidad vuestra afrenta y cree que la habeis merecido. Si teniais por fundamento de todo vuestro poder la servidumbre ¿cómo aspirar á la libertad? Si estábais confundidos con los esclavos, ¿cómo queríais que no se os pegaran sus cadenas? Las frutas sanas se mezclan con las podridas, y adquieren la podredumbre. El esclavo ha des-

truido vuestra libertad. Si el día en que me levanté de mi gemmonía hubiérais tenido ánimo para seguirme, en vez de aplastarme, no muriera, no, vuestra República. La libertad es una palabra vacía de sentido si no la llena y la completa la igualdad. Me despreciasteis, me heristeis; casi se desvaneció un alma que aspiraba á ser libre, y se llevó consigo vuestras almas, y acabó vuestra libertad. ¡Oh, Roma! te ha herido la esclavitud.

## III.

ORIEL (*en Egipto.*)

Esta es la tierra del misterio y de la muerte. ¿Qué huracan me ha traído á su seno? Miro sus jeroglíficos, y no los comprendo. Interrogo sus esfinges, y están mudas. Giro en todas direcciones los ojos, y columbro colosales monumentos que en realidad son colosales sepulcros. Esas magníficas pirámides, que semejan á montañas talladas, cuyo peso apenas puede soportar la tierra, contienen bajo las moles abrumadoras sólo restos de reyes. Nada habla aquí de la vida. Yo habia recorrido otras tierras, habia tocado con mis profanas manos otras aras, habia sentido caer sobre mi inteligencia la lluvia de otros pensamientos. Parecíame que el calor de nueva vida se deramaba en mis venas y que al contacto de otros